

Inicio

Con el rezo del vía crucis nos disponemos a contemplar la pasión y muerte de nuestro Salvador. Así podremos comprender mejor la grandeza del amor de Dios y la gravedad del pecado.

Dispongámonos, pues, a unir al arrepentimiento la gratitud y el compromiso de una vida vivida en el amor. Lo haremos pensando en la cruz en la que, hoy, está clavada la humanidad: la pandemia que ha convulsionado nuestra vida y que produce la muerte de muchos de nuestros hermanos humanos.

En el nombre del Padre...

Primera estación: Jesús es condenado a muerte

La multitud se espera en silencio. Pilato dicta sentencia de muerte. La cruz se acerca. Jesús inicia el camino doloroso hacia el Calvario.

La condena de Cristo nos lleva, en la actualidad, a hacer memoria de los mártires –de ayer y de hoy– que, a pesar de ser inocentes de culpa, son perseguidos injustamente y condenados por causa del Evangelio. Nos lleva a recordar, también, a todas aquellas personas injustamente condenadas, y a recordar nuestra fragilidad humana ante el virus, ante la enfermedad, ante los peligros de todo tipo.

Segunda estación: Jesús carga con la cruz

Toda la humanidad pecadora se abate bajo el peso de la cruz sobre los hombros de Jesús, esa pesada cruz a la que se abraza cuando empieza a dar los primeros pasos por la vía dolorosa.

Con su gesto, Jesús nos alienta a no rehuir nuestra cruz de cada día, ni el dolor o el sufrimiento que conllevan el confinamiento o el miedo a contaminarnos. Aunque sea una cruz que nos pone en comunión con su Pasión.

Tercera estación: Jesús cae por primera vez

¡Cuán trágico beso, el de Jesús en el duro empedrado del camino! Abatido por el dolor, Jesús cae sobre aquella tierra que lo había visto nacer, crecer, predicar, y que ahora lo verá morir.

Muchos de nuestros hermanos pueden caer también perdiendo la salud y la vida, si nosotros, presuntuosos, no seguimos las recomendaciones para evitar contagios.

Este nuestro pecado nos doblega hasta el suelo y nos hacer perder la esperanza. Tan solo la misericordia de Dios nos hará levantar la mirada hacia el rostro amoroso de Cristo.

Cuarta estación: Jesús se encuentra con María, su Madre

Ver a María cerca trae una brizna de consuelo para Jesús. La mirada de la madre le da fuerzas para seguir caminando hacia su ofrenda definitiva.

Ya en este momento, Jesús «empieza» a darnos a María por Madre, para que le hagamos sitio en nuestra casa, para que esté siempre al lado de quienes, «como madres» velan por nuestra salud y bienestar, para que esté siempre cerca de nosotros en los peligros, en las pruebas de cada día.

Quinta estación: Simón de Cirene ayuda a Jesús a llevar la cruz

Fue generoso, aunque quizás a regañadientes. Simón de Cirene ayuda a un desconocido, sentenciado a muerte, a llevar la cruz. Gracias a él, Jesús tiene unos momentos de alivio... y, agradecido, sigue su camino.

Nosotros no podemos ser Cireneos del mismo Cristo. Pero podemos serlo de nuestros hermanos, como lo es todo el personal de los hospitales que ayudan a los enfermos a vencer la enfermedad. Que nuestra caridad fraterna ayude a llevar la cruz a todos quienes no se sienten con fuerzas suficientes para soportar el peso de las contrariedades de la vida.

Sexta estación: La Verónica enjuga el rostro de Jesús

Avanza y no titubea. Una mujer audaz enjuga el rostro ensangrentado de Jesús. La Verónica es valiente y actúa en medio de la indiferencia de la multitud que está junto al camino.

Su actitud nos recuerda a las personas que de manera altruista ayudan, colaboran para aliviar las muchas necesidades que conlleva la actual situación.

Y a nosotros, la Verónica nos mueve a acercarnos a enjugar la cara de Jesús, encarnado en quienes sufren.

Séptima estación: Jesús cae por segunda vez

Un suelo duro, empañado de sudor, acoge a Jesús que vuelve a caer bajo el peso del dolor. Sin embargo, un dolor más vivo hace que se levante y, otra vez de pie, siga avanzando hacia el Calvario.

El mundo ha caído en el miedo, la histeria, la desesperación... El dolor lo llena todo. Las lágrimas brotan como arroyos. Todo parece caído, incluso la esperanza. Los presagios son aterradores.

Pero nosotros oímos la voz de Jesús que nos dice: «No temáis; seguid a mi lado; hasta la cruz, hasta la gloria». Una voz que, por encima de todo lo que puede hacer tambalear a nuestra fe y nuestra confianza en Dios, por encima de las caídas, nos alienta y nos da serenidad en la emergencia que nos toca vivir.

Octava estación: Las mujeres de Jerusalén lloran por Jesús

Unas pocas mujeres que lloraban, sensibles ante el lastimoso aspecto de Jesús. «Llorad más bien por vosotras mismas...», les recomienda el Maestro.

Lloremos, sí, lloremos por el mal que nos ha sobrevenido. Lloremos por los que están en las UCI de los hospitales y por sus familiares.

Lloremos también por nuestros pecados. Pero lloremos esperanzados porque sabemos que Jesucristo, el Señor, nos llenará la mano y el corazón con la gracia de su amor y de su perdón.

Novena estación: Jesús cae por tercera vez

Parece que Jesús camine como maquinalmente. Sin fuerzas, cae por tercera vez al pie del monte donde morirá.

La economía se tambalea. Vemos de nuevo el sufrimiento de muchos que verán peligrar su subsistencia: trabajadores que se quedan sin empleo, autónomos y empresarios que no pueden aguantar más.

Jesús, que cae con ellos, que está a su lado, está cerca del altar del sacrificio.

Queremos estar al lado de todos ellos, al lado de Jesús, aunque no siempre sepamos cómo ayudarles. Eso sí, sabemos el valor que tiene que él esté siempre a nuestro lado.

Décima estación: Jesús es despojado de sus vestidos

Jesús, que dijo «bienaventurados los pobres», se queda sin nada. Su sensibilidad cae empujada por una desnudez sin contemplaciones. El más bello de los hombres queda expuesto a la befa y el escarnio de la gente que espera el sacrificio del justo.

Ante la extrema pobreza de la desnudez de Jesús, podemos aprender a ser pobres, tan pobres que no podamos hacer otra cosa que, arrepentidos por haber pecado, ponernos en manos del Padre suplicándole su perdón. Tan pobres que al no saber reaccionar ante al coronavirus, tengamos que humillarnos para pedir al Padre que ilumine a los investigadores para que encuentren un remedio eficaz que nos cure.

Undécima estación: Jesús es clavado en la cruz

En la cruz, Jesús es levantado en la cima del Calvario. Clavado en la cruz, con los brazos extendidos, parece que abraza por última vez, lleno de amor, de perdón, de paz, a todo el mundo y a todos los hombres y mujeres.

Cobijémonos a la sombra de la cruz, a la sombra del perdón de Dios; y que este perdón nos haga sentir que sólo en Dios es capaz de encontrar descanso nuestro espíritu, de soportar el confinamiento y de reflexionar sobre nuestra vida y la necesidad de volver a Él.

Duodécima estación: Jesús muere en la cruz

Jesús, inclinando la cabeza, expiró. *(pausa)*

Todo estaba cumplido. En la muerte de Jesucristo, el Señor, la muerte ha sido vencida. También la de las víctimas mortales del coronavirus que esperamos que estén en el cielo, donde todo es vida.

De su costado abierto, sale sangre y agua. Sangre que ha de calmar nuestra sed de Dios. Agua que nos ha de lavar y renovar para hacer de nosotros mujeres y hombres nuevos, porque creemos que «Realmente eres, oh Cristo, el Hijo de Dios; y nosotros somos el pueblo que tú has redimido».

Decimotercera estación: Jesús es bajado de la cruz y entregado a su Madre

Unas manos amigas descienden de la cruz el cuerpo de Jesús. María, su Madre, lo espera con ojos llorosos, como los de las personas que quisieran decir un último adiós a sus difuntos y no pueden. Un gran sufrimiento carga el ambiente; pero la serenidad de María comunica una cálida paz a sus amigos.

Contemplamos el gesto maternal de María: nos muestra a Cristo después de su lucha con la muerte. Con María, velamos el reposo de Jesús y el de tantas y tantas víctimas de la pandemia, para aprender a vivir, como ella, en la esperanza de la resurrección.

Decimocuarta estación: Jesús es depositado en el sepulcro

El sepulcro nos aparta de los difuntos. La piedra del sepulcro de Jesús parece que le aparte de los humanos. Pero lo que aparta de Jesús no es la piedra del sepulcro, sino la del pecado.

Que el Padre del cielo, que corrió la piedra del sepulcro de Cristo, aparte de nosotros la piedra del pecado. Sabemos que quien apartó aquella piedra apartará la del pecado que pesa sobre nosotros, y nos enseñará a asumir, desde la fe y la esperanza, qué aspectos, a causa del coronavirus, deberemos cambiar en nuestras vidas.

Final

Pero Dios siempre tiene la última palabra. Creemos firmemente que Cristo no termina en el sepulcro: ¡ha resucitado!

Ahora Dios también sabe de nuestro sufrimiento a causa de la pandemia del coronavirus, el sufrimiento de toda la humanidad. Por eso le pedimos que acoja a todos los difuntos en su Reino, y que a todos nos conceda la salud del cuerpo y del espíritu, y nos haga superar la situación actual, y nos de la paz.

Padrenuestro

Oración

Oremos. Bendice, Señor, a tu pueblo que ha conmemorado la muerte de tu Hijo con la esperanza de resucitar con él; concédele el perdón, dale consuelo, aumentale la fe, asegúrale la eterna redención; muéstrate compasivo a tus hijos que sufren la pandemia; alivia el dolor de los enfermos, da fortaleza a quienes cuidan de ellos, acoge en tu paz a quienes han muerto, y, mientras dure esta tribulación, haz que todos se vean aliviados por tu misericordia. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.